

Ella sólo estaba soñando en alguna parte

María Fernanda Agüero Fernández

Lingüística y Literatura Hispánica
maria.aguerof@alumno.buap.mx

La gente de París me mira con lástima mientras camino en la calle que el tiempo construyó como un puente a mis recuerdos.

Mamá y yo comenzamos el viaje para conocer la ciudad del amor, decidimos dejar todo atrás e ir a cumplir el sueño que año tras año nos acompañaba: conocer París.

Las caminatas bajo la lluvia dibujaron la imagen fantasmagórica de una ciudad que, pese a su apodo, parecía que los amantes huían de sus calles bajo la sombra de los paraguas, mientras mi mamá, despreocupada, iluminaba todo en su camino con la mirada entusiasta ante desconocido y, temblaba emocionada como la luna reflejada en el Sena.

No debimos confiarnos, los rumores de una ciudad enferma de celos comenzaron a correr y nosotras no hicimos caso pues jamás habíamos escuchado una afirmación tan extraña.

Después de unos días mamá comenzó a sentirse mal de regreso al hotel, hablé a la recepción y el médico la atendió en seguida, nada alarmante un simple resfriado que debía ser atendido para no complicarse, me dio la receta, unas indicaciones y luego se fue.

Antes de salir a la farmacia me recosté con

ella, parecíamos abandonadas aquí. Sólo ella y yo, como siempre.

—No imaginaba una ciudad tan bonita, hija, he vuelto de mi memoria y mis ojos una cámara para hacer con las imágenes sueños que me regresen a esta felicidad. No quiero olvidar nada, ni los rayitos de sol, el sabor de la comida, la música que bailamos. Nada.

—No lo vas a olvidar, ma, si sientes eso piensa que ese momento decidió dormir en tu recuerdo un rato, pero que luego saldrá para que lo puedas contar otra vez. Te quiero.

—Te quiero, no te vayas a tardar.

Tomé un taxi y le pedí que me esperara afuera de la farmacia para volver y cuando lo hicimos ya no estaba el hotel. Parece ser que la dama caprichosa comenzó con un baile para marearme y perderme, envolverme en sus calles e impregnarme de su aroma, encantándome entre todos los rincones que buscaban retenerme y hacer que olvidara lo que estaba buscando, lo que era importante. La ciudad se mueve, no hay hotel, no está mamá.

—Avance un poquito, aquí no es donde me subí. — le hablé desesperada.

—Pero esta no es la calle que conozco, *madeimoselle*, me puedo equivocar— me dijo con su acento extraño.

Me bajé y comencé a caminar, el hotel no podía estar lejos, pero cada vez que parecía estar cerca algo nuevo había: una librería, una casa, un árbol... ¿Estaba perdida o me estaba volviendo loca? Mi mamá me espera, comencé a preguntar pero nadie parecía entender de qué hablaba. El tiempo se fue y el sol me alcanzó, yo parecía caminar sin rumbo y sin destino, los parisinos sólo se veían así mismos confundidos, en secreto murmuraban cosas que no entendía y cada vez me desesperaba más.

Cada noche parecía ser más oscura y las estrellas, pese a mis susurros pidiendo auxilio, no me guiaban a ningún lado, dejé de soñar y así también de creer que vivía.

París estaba celosa, no podía creer que había más amor en otro lugar que no fuera ella y por eso, como venganza, se llevó a mi madre pero aún intento saber a dónde.

La gente de París me mira con extrañeza mientras camino al rumbo de los campos elíseos, porque los dioses no mienten y París, avergonzada por ser tan cruel, me guió hacia la esperanza: estoy segura de que mi madre descansa en el campo reservado sólo para lo eterno y glorioso, soñando con nuestros días en la ciudad del amor... 